



## CAPITULO X

**En el cual se trata de la teoría del arte de gobernar**

Nada nuevo anunciaríamos á nuestros lectores al decirles que el ministerio de Circunlocuciones es el más importante de todos los ministerios, pues sin su consentimiento é intervención no se puede despachar negocio alguno bajo ningún pretexto, sea del género que fuere. Sin autorización expresa de este ministerio sería imposible legalizar el acto más justo ni reparar el daño más evidente. Si se llegase á descubrir una segura conspiración de la pólvora treinta minutos antes de la hora fijada para prender fuego á la mecha, nadie se creería con derecho á impedir que se volase el edificio del Parlamento antes que el ministerio de Circunlocuciones hubiese nombrado una comisión tras otra, expedido centenares de informes oficiales, y una correspondencia, poco gramatical, pero bastante voluminosa para llenar el panteón de una familia.

Esta gloriosa administración comenzó á funcionar desde que se reveló claramente á los hombres de Estado el único y sublime principio que encierra, por decirlo así, todo el arte de gobernar un pueblo. Fué la primera en estudiar esta

brillante revelación, aplicando después su saludable influencia á todo el mecanismo de los procedimientos oficiales. Si se trata de hacer alguna cosa, el ministerio de Circunlocuciones supera á todas las demás administraciones públicas en lo de saber cómo ha de procederse... PARA NO HACERLA.

Gracias á su delicada intuición, gracias al tacto con que se aprovecha de ella, y gracias, en fin, al genio que despliega en la práctica, el ministerio de Circunlocuciones ha llegado á eclipsar á todos los demás centros públicos; y la situación del Estado ha podido elevarse hasta... mejor es verlo que decirlo.

Esta administración ha concluído por llegar á ser un plantel tan admirable de hombres de Estado, que varios lores de modales rígidos y aspecto imponente pasan por prodigios de la humanidad en la práctica de los negocios sólo por haber dirigido algún tiempo el ministerio de Circunlocuciones, ejercitándose en el arte de entorpecer de todos modos el mecanismo de la administración. En cuanto á los sacerdotes y á los iniciadores inferiores de este templo político, el sistema ha tenido por resultado dividirlos en dos bandos, en los que figura hasta el último dependiente de aquel centro; los unos consideran al ministerio de Circunlocuciones como una institución divina, que tiene derecho absoluto para poner trabas á todo; mientras que los otros, manifestando su completa incredulidad, la califican de flagrante abuso.

Los Barnacle ayudan hace mucho tiempo á dirigir el ministerio de Circunlocuciones; y hasta diremos que la rama de Tito Barnacle cree tener derechos adquiridos sobre todos los destinos que se otorgan para este centro, tanto que llevaría muy á mal que ninguna otra rama tratase de introducirse. La familia de los Barnacle es muy distinguida; sus individuos están diseminados en todas las oficinas públicas y desempeñan diversos cargos oficiales, de lo cual resulta que, ó bien el país está agobiado bajo el peso de los servicios que los Barnacle prestan, ó bien éstos no pueden ya con el peso de los beneficios del país: los Barnacle tienen su opinión, y el país la suya.

El señor Tito Barnacle, que en la época á que nos referimos tenía el encargo de preparar y facilitar datos al diplomático que entonces se hallaba al frente del ministerio de Circunlocuciones, poseía más sangre ilustre en las venas que dinero en el bolsillo. En su calidad de Barnacle, disfrutaba de un empleo que era una especie de canongía bastante pro-

vechosa, y gracias también á su nombre, había podido colocar á su hijo Barnacle, joven, en el mismo departamento. Desgraciadamente había contraído enlace con la señorita Zancos, tan rica como él en sangre noble, como él igualmente pobre en bienes; y de esta unión habían nacido un hijo y tres hijas. Las necesidades de Barnacle joven y de sus tres hermanas hacían subir mucho los gastos personales de cada cual; así es que al señor Tito Barnacle le parecían muy largos los intervalos que transcurrían entre cada pago trimestral de su sueldo, atribuyéndolo á la mezquindad del país.

El señor Arturo Clennam se presentó por quinta vez una mañana en el ministerio de Circunlocuciones, preguntando por el señor Tito Barnacle. Los días anteriores había esperado sucesivamente á este personaje en una antecámara, en una galería de cristales, ó en un recibimiento, donde la administración parecía concentrar su provisión de corriente de aire; pero esta vez no se contestó al solicitante que el señor Tito estaba en conferencia con el noble prodigio que dirigía el ministerio; dijéronle que se hallaba ausente, pero que Barnacle hijo, el satélite secundario de aquel astro imponente, estaba visible en el horizonte.

El señor Clennam, habiendo contestado que deseaba hablarle, fué introducido al momento, y halló al joven Barnacle tostándose los muslos ante el hogar paterno, apoyado contra la meseta de la chimenea. Era un salón espacioso, elegantemente amueblado según el estilo de la alta burocracia: espesa alfombra, mesa de despacho revestida de baqueta, pupitre de lo mismo, sillón formidable, cajones de la correspondencia con etiquetas, como los frascos de una botica, muebles de caoba; y en fin, un conjunto grandioso que daba idea de la majestad del Barnacle ausente.

En cuanto á su satélite, que aún tenía en la mano la tarjeta del señor Clennam, parecía muy joven, y lo primero que en él llamaba la atención eran sus patillas, verdaderamente inverosímiles, pues asemejábanse á una especie de parche de pelusa; un escaso bozo apenas sombreaba la barbilla y el labio superior; por lo demás, tenía unas formas tan endeables, que nadie le hubiera creído capaz de resistir un invierno. Llevaba suspendido del cuello un precioso lente, mas por desgracia, los ojos del empleado tenían unas órbitas tan planas y párpados tan flojos, que el cristal no se sostenía, y cayendo á cada instante, producía un ruido molesto al chocar con los botones del chaleco.

—Mi padre no está aquí, ni vendrá en todo el día—dijo Barnacle el joven.—¿Se trata de alguna cosa que yo pueda hacer?

—Le agradezco su buena voluntad—contestó Clennam,—pero deseo hablar particularmente con su señor padre.

—Pero, diga usted: ¿tiene usted concedida audiencia?

—Esto es precisamente lo que deseo.

—Vamos á ver ¿se trata de algún negocio público?

Barnacle hijo se pone el lente, que ha caído ya tres veces y vuelve á preguntar, observando antes un momento la tez curtida de su interlocutor.

—Diga usted, ¿se trata de un cargamento ó de alguna cosa por el estilo?

—No señor, no se trata de eso.

—Veamos pues, ¿será un asunto puramente personal?

—No sé á punto fijo; es cuestión de un tal Dórrit.

—Pues le queda que hacer una cosa; pásese por nuestra casa, si se dirige hacia esa parte, es decir, por *Mews Street*, en *Grosvenor Square*, número 24. Mi padre padece un ataque de gota que le obliga á permanecer en casa.

—Gracias, caballero—contesta Clennam;—voy ahora mismo.

Barnacle hijo queda desconcertado, pues no imaginaba de modo alguno que á nadie se le ocurriera seguir su consejo.

—¿Está usted seguro—pregunta Barnacle hijo, renunciando con sentimiento á su primera idea luminosa,—que no se trata de cargamento?

—Completamente seguro, caballero.

Dicho esto, el señor Clennam se retiró para proseguir sus investigaciones, preguntándose qué habría sucedido en el caso de haber tenido que tratar sobre tonelaje.

*Mews Street*, ó la calle de *Mews*, á pesar de hallarse muy cerca de un barrio aristocrático, es una sucia callejuela, donde apenas se ven más que algunas tapias, cuadras y cocheras; sólo á la entrada hay dos ó tres casuchas que á pesar de sus malas condiciones se alquilan á precios fabulosos, porque son dependencias ínfimas del barrio á la moda. Cuando alguna de ellas se desocupa, lo cual sucede rara vez, porque son muy buscadas, el administrador anuncia que se alquila «una residencia de caballero situada en el barrio aristocrático, habitado únicamente por la alta sociedad.»

Si una residencia de caballero no hubiese sido un accesorio obligado para la noble familia de los Barnacle, el señor Tito Barnacle hubiera podido elegir, entre diez mil casas, una que fuese cincuenta veces más cómoda y una tercera parte más

barata; pero era indispensable habitar en una «residencia de caballero» y el jefe de la noble rama la ocupó, sacrificando su comodidad en los reducidos límites de aquella morada.

Arturo Clennam se detuvo ante la casa señalada con el número 24, notable sólo por su extravagante estilo arquitectónico, y llamó.

Un momento después abrióle la puerta un lacayo, que por su aspecto sucio, su corpulencia y su color amarillento, debía tener con sus colegas de *Grosvenor-Square* la misma relación que las casuchas de la calle de *Mews* con las de aquel barrio aristocrático.

—Haga usted el favor de entregar esta tarjeta al señor Tito Barnacle—le dijo Clennam,—advirtiéndole que vengo por indicación de su señor hijo.

El lacayo reflexionó un momento al mirar la tarjeta é invitó al visitante á entrar.

Fué necesaria alguna precaución para no dar de narices contra la primera puerta que se encontraba después de entrar, á causa de la estrechez del paso y de la obscuridad, pero el visitante pudo al fin avanzar sano y salvo hasta el recibimiento, donde el lacayo le dejó solo mientras pasaba recado. A los pocos instantes volvió y dijo á Clennam que el señor Barnacle estaba dispuesto á recibirle; invitóle á subir por una estrecha escalera y le acompañó hasta la puerta de un saloncito, donde, con un pie apoyado en un taburete, hallábase el señor Barnacle en persona, imagen viva del arte de no hacer nada. Este personaje, tipo especial, tenía el cuello rodeado de una gran corbata blanca; el cuello y los puños de su camisa eran postizos; del bolsillo de su chaleco pendía una gruesa cadena con varios dijes; la levita y el pantalón, muy ajustados, no presentaban ni un solo pliegue, y las botas ostentaban una rigidez admirable. En una palabra, nuestro personaje estaba soberbio, magnífico é inabordable; y si á esto añadimos que había estudiado detenidamente sus ademanes para producir el mayor efecto, se tendrá el verdadero retrato del señor Tito Barnacle.

—¿El señor Arturo Clennam?—preguntó el personaje saludando;—sírvese usted tomar asiento.

Clennam se sentó.

—Si no me engaño, creo que ha ido usted varias veces á preguntar por mí al ministerio de Circunlocuciones—dijo Barnacle, recalcando con énfasis en la última palabra.

—Me he tomado esta libertad.

El señor Barnacle saludó con aire solemne, como diciendo: «Es en efecto una libertad, pero tómese ahora la de explicar el objeto de su visita.»

—Permítame usted decirle ante todo—repuso Clennam,— que acabo de pasar algunos años en la China; que soy casi un extranjero en mi propio país, y que no es un motivo de interés personal el que me dicta la pregunta que voy á dirigirla.

El señor Barnacle comenzó á repicar con las uñas en la mesa que estaba á su lado, con aire que parecía decir:

—Si tiene usted la bondad de manifestarme de una vez su pretensión, se lo agradeceré.

—He encontrado en la prisión de la Mariscalía—continuó Clennam,—un preso llamado Dórrit que está encerrado allí hace muchos años, y deseo informarme sobre el estado de sus negocios, que me parecen muy embrollados, á fin de ver si habría medio de mejorar su situación después de tan prolongada cautividad. Me han asegurado que el señor Tito Barnacle es uno de los acreedores más influyentes, y quisiera me dijese usted si el informe es exacto.

Como en el ministerio de Circunlocuciones regía, en principio, la costumbre de no contestar jamás categóricamente por ningún concepto, el señor Barnacle se limitó á contestar:

—Es muy posible.

—¿Como representante del Estado ó como simple particular?

—Es posible—repuso Barnacle,—que el ministerio de Circunlocuciones haya aconsejado... esto es muy posible, sin que yo afirme nada... proseguir cierta reclamación que el Estado pudo elevar á consecuencia de la quiebra de una compañía ó de una asociación, de la cual pudo formar parte la persona de quien usted me habla. Puede ser que esta cuestión se haya promovido en el ministerio de Circunlocuciones, en el curso de los negocios oficiales; y quizás el ministerio haya redactado ó confirmado alguna nota, aconsejando que se persiga á la citada persona.

—¿Debo suponer que los hechos han ocurrido así?

—El ministerio de Circunlocuciones—contestó el señor Barnacle,—no es responsable de las suposiciones de nadie.

—¿Me será permitido preguntar á usted si podré obtener informes oficiales sobre el verdadero estado del asunto?

—Todo individuo del... público (al señor Barnacle le repugnaba pronunciar esta última palabra, que para él era el nom-

bre de una corporación siempre enemiga suya,) tiene derecho para elevar una solicitud al ministro de Circunlocuciones, dirigiéndose antes á la oficina especial de este centro para preguntar cuáles son las formalidades indispensables que han de llenarse.

—¿Qué oficina es esa?

—Caballero—replicó el señor Barnacle tirando del cordón de la campanilla,—ya se lo indicarán en el ministerio, á donde le aconsejo que vaya si desea obtener una respuesta categórica á sus preguntas.

—Dispénsese si añado...

—El ministerio—interrumpió Barnacle,—está abierto para el... público, siempre que éste cumpla con las debidas formalidades.

Al pronunciar estas palabras, el señor Barnacle hizo un profundo saludo, como hombre de mundo resentido y como habitante de un barrio aristocrático.

A fin de ejercitarse en la perseverancia, Arturo Clennam resolvió volver al ministerio de Circunlocuciones, con la esperanza de obtener mejor resultado de su segunda visita. Presentóse pues allí de nuevo, y envió otra tarjeta á Barnacle hijo, á quien le pareció muy mal que el solicitante se permitiese volver, tanto más cuanto que se disponía á comer unas patatas asadas en la chimenea.

Clennam obtuvo audiencia de Barnacle hijo, al cual halló esta vez ocupado en tostarse las rodillas, esperando con ansia las cuatro de la tarde para salir de la oficina.

—¿Diga usted—exclamó apenas Clennam entreabrió la puerta de su despacho,—será cosa de que no nos deje usted un momento en todo el día?

—Quisiera saber...

—¡Oiga usted! debo advertirle que no ha de venir aquí á cada momento para decirnos que quiere saber—interrumpió Barnacle hijo con tono brusco.

—Quisiera saber—repitió Arturo Clennam, que había resuelto adoptar una fórmula muy lacónica y no salir de ella,—qué género de reclamación tiene el Estado contra un preso por deudas, llamado Dórrit.

—Oiga usted, caballero, adviértale que va muy deprisa, pues aun no tiene ni siquiera carta de audiencia—replicó Barnacle hijo, como si el asunto comenzara á formalizarse.

—Quisiera saber—repuso Clennam...—Y repitió su pregunta.

—No tiene usted ningún derecho—replicó Barnacle hijo

abriendo los ojos tanto que el lente se le cayó,—para proceder como lo hace. ¿Qué entiende usted por esto? Antes me dijo que no sabía si se trataba ó no de un negocio público.

—Acabo de asegurarme de ello—repuso el solicitante,—y quisiera saber...

Clennam repitió por tercera vez su pregunta.

Esto dió por resultado aparente debilitar al joven Barnacle, que á su vez repitió también:

—¡Oiga usted! No ha de venir á cada momento para decirnos que quiere saber. ¿Me ha entendido usted?

Como si no hubiese oído estas palabras, Clennam repitió por cuarta vez su pregunta, sin quitar punto ni coma; y entonces Barnacle hijo, apurada la paciencia, le dijo:

—Oiga usted, lo mejor que puede hacer es dirigirse á la secretaría.

Y sin añadir una palabra más, tiró del cordón de la campanilla, á cuyo llamamiento contestó al punto el portero presentándose ante su jefe.

—Jenkinson—le dijo el joven Barnacle,—acompañe usted á este caballero al despacho del señor Wobbler.

Arturo Clennam, que había resuelto tomar por asalto el ministerio de Circunlocuciones y no retroceder, siguió al portero á otro piso, donde se le indicó el despacho del funcionario.

Al entrar en la habitación, Clennam vió dos caballeros sentados uno frente á otro ante una espaciosa y cómoda mesa; el uno se ocupaba en limpiar con su pañuelo la superficie del cañón de una escopeta, mientras que su compañero extendía un poco de confitura en una rebanada de pan, con auxilio de una plegadera.

—¿El señor Wobbler?—preguntó el solicitante.

Los dos caballeros levantaron la vista y miráronse un momento, como sorprendidos de tanta audacia.

—...De modo que ha tomado la vía férrea—dijo el empleado de la escopeta, continuando sin duda una conversación empezada,—y se ha ido al campo, llevándose el perro, una verdadera alhaja, pues ha mordido las piernas del conductor cuando quiso hacerle salir.

—¿El señor Wobbler?—volvió á repetir el solicitante.

El caballero de la confitura, sin alzar siquiera la vista, preguntó á su compañero:

—¿Cómo se llama el perro?

—*Amoroso*—contestó el de la escopeta;—su amo pretende

que se parece mucho á su vieja tía, sobre todo cuando ésta se emborracha.

—¿El señor Wobbler?—repitió Clennam.

—¿Qué ocurre?—preguntó esta vez el interpelado, con la boca llena.

El solicitante explicó lo que desaba.

—Nada puedo decirle á usted—contestó el señor Wobbler, que parecía dirigir más bien la palabra á su confitura;—jamás he oído hablar sobre el asunto, que no es de mi negociado. Diríjase al señor Clive, segunda puerta á la izquierda, en el corredor inmediato.

—Tal vez me conteste lo mismo.

—Probablemente. No sé nada.

El solicitante salió; y ya estaba en el corredor, cuando el empleado de la escopeta le gritó:

—¡Eh, caballero, eh!

Clennam volvió.

—¡Haga usted el favor de cerrar la puerta—le dijo;—no se puede resistir esa corriente de aire!

Clennam llegó al fin á la segunda puerta de la izquierda: en aquel despacho vió tres empleados; el uno parecía tener poca ocupación; el otro estaba cruzado de brazos, y el tercero miraba por la ventana bostezando. Sin embargo, hubiérase dicho que tomaban una parte más activa en la ejecución del gran principio de aquel ministerio, pues veíase allí una gran puerta de dos hojas que daba á una habitación interior, donde los jefes de las oficinas parecían estar reunidos en consejo, y de la cual se sacaba continuamente un enorme número de papeles.

Arturo repitió su pregunta sucesivamente á los tres empleados: el primero le dirigió al segundo y éste al tercero, que le aconsejó se informara del cuarto, el que entraba y salía continuamente con los papeles. Este empleado, bastante joven, y muy listo al parecer, pertenecía á la familia de los Barnacle, pero á una rama más noble, y contestó con la mayor desenvoltura:

—¡Oh! Mejor haría usted en no calentarse la cabeza en este asunto; créame lo que le digo.

—¡No calentarme la cabeza!—repitió Arturo con asombro.

—Sí, señor; le aconsejaría que perdiera su tiempo de una manera menos desagradable.

Esto era considerar la cuestión de un modo tan singular y tan nuevo, que Arturo no supo qué pensar del consejo.

—Puede usted continuar las diligencias si le place—añadió el empleado;—yo le daré un paquete de impresos oficiales para que los llene; pero le aseguro que nunca tendrá suficiente paciencia para llegar hasta el fin.

—¿Será, pues, imposible obtener la noticia que necesito? Dispense usted la molestia que le causo, teniendo en cuenta que soy extranjero.

—Yo no digo que sea imposible—repuso el empleado con una franca sonrisa;—no emito ninguna opinión sobre el particular; sólo creo que no tendrá usted bastante paciencia para llegar hasta el fin. Presumo que el hombre de quien usted me habla habrá faltado á sus compromisos, ¿no es así?

—No sé absolutamente nada.

—Pues deberá usted buscar los informes ante todo; después procure usted averiguar qué negociado ha entendido en el asunto, y entonces se le facilitarán los detalles.

—Pero ¿cómo obtendré la primera indicación?

—Es preciso preguntar hasta que le contesten, y una vez conseguido esto, dirigirá usted una carta á la oficina, según el modelo que se le indicará, para obtener el permiso de elevar una reclamación á la Secretaría. Después se tomará nota de su demanda, enviándola al registro; de aquí pasará á otro negociado, á fin de que tome razón; luego á un tercero, para que informe; y entonces quedará regularizada la petición. Sabrá usted la marcha que se ha seguido, preguntando en cada oficina particularmente hasta que le respondan.

Arturo Clennam no pudo menos de pensar que esta era una manera muy extraña de llevar adelante los negocios; no sabía ya qué hacer, pero dió las gracias con la mayor cortesía.

—No hay de qué—contestó el pequeño Barnacle;—puede usted volver cuando guste para ver si se obtiene algún resultado; nada le obliga á continuar sus diligencias si al fin se cansa. Mejor será que lleve usted algunos impresos.

Y después de dar orden á uno de los empleados para que los entregara, el joven Barnacle volvió á coger un montón de cartas é introdujose en el santuario para entregárselas á los ídolos que dirigían el ministerio de Circunlocuciones.

Clennam guardó los impresos en su bolsillo, de bastante mal humor, y bajó la gran escalera; al llegar á la puerta de la calle, detúvose con impaciencia para que le dejaran paso dos personas que hablaban allí animadamente, cuando de pronto

llamó su atención la voz de una de ellas, creyendo reconocerla. Entonces miró al que hablaba, y vió que era el señor Meagles, el cual tenía cogido por el cuello á un hombre de escasa estatura y le gritaba:

—¡Salgamos, bribón, salgamos!

Semejante lenguaje en boca del señor Meagles, y su brusco proceder causaron tal asombro á Clennam, que permaneció inmóvil, creciendo de punto su sorpresa al ver á su antiguo compañero de viaje abrir de una patada la puerta y arrastrar consigo á su interlocutor, que parecía ser el hombre más inofensivo del mundo. Sin embargo, apresuróse á seguirles, y muy pronto les dió alcance. El semblante airado del señor Meagles serenóse al punto al reconocer á Clennam, á quien alargó presuroso la mano, estrechándosela cordialmente.

—¿Cómo va, amigo mío?—le dijo;—me alegro mucho de volverle á ver.

—Y yo de encontrarle.

—Gracias, mil gracias.

—¿Cómo sigue su señora hija?

—Perfectamente. Sólo siento que me haya encontrado tan fuera de mí.

Aunque la temperatura distase mucho de ser calurosa, el señor Meagles se había sofocado de tal modo, que llamaba la atención de los transeúntes, tanto más cuanto que, apoyado contra una reja, se acababa de quitar el sombrero para enjugar el sudor que corría de su frente.

—¡Uf!—exclamó el señor Meagles,—esto me desahoga.

—He visto que estaba usted muy enojado. ¿Qué le ocurre?

—Espere usted un momento y se lo diré. ¿Le queda á usted tiempo para ir á dar una vuelta por el parque?

—Tantas como usted quiera.

—Pues bien, venga usted... ¡Ah! sí, ya puede usted mirar á ese hombre, porque bien vale la pena.

Clennam había fijado la vista por casualidad en el individuo que acompañaba Meagles, y cuyo aspecto no tenía nada de notable: era un hombre de escasa talla, fornido y ordinario, de cabello gris, y cuya fisonomía estaba surcada por líneas profundas, efecto sin duda de un excesivo trabajo mental. Vestía de negro, con bastante decencia, pareciendo un industrial inteligente; y llevaba en la mano unos anteojos en su estuche, el cual hacía girar entre los dedos con esa agilidad propia del hombre acostumbrado á manejar útiles.

Mientras se dirigían al parque, preguntábase Clennam por

qué el desconocido se mostraba tan sumiso y obediente con Meagles, pues su exterior indicaba la calma y la serenidad, y de ningún modo la vergüenza ó el arrepentimiento, aunque parecía algo desanimado.

Por fin llegaron al parque, y entonces Meagles detúvose bruscamente.

—Señor Clennam—dijo,—hágame usted el favor de mirar á este hombre: se llama Doyce, Daniel Doyce. Jamás sospecharía usted que es un insigne tuno ¿verdad?

—Seguramente que no.

La pregunta era hartó delicada para hacerla delante del interesado.

—No—repuso Meagles,—usted no podría suponerlo, ya lo sé. ¿No adivina usted que es un gran criminal?

—No.

—¿No? ¡Pues bien! se equivoca usted, porque este hombre es un gran criminal. ¿Qué delito pensaría usted que ha cometido? ¿Creería que es asesino, homicida por imprudencia, incendiario, falsario, ratero, ladrón, bandido ó conspirador?

—Creo—replicó Arturo Clennam, observando una ligera sonrisa en Daniel Doyce,—que no es nada de eso.

—Y tiene usted razón—dijo Meagles;—pero es hombre hábil; ha querido que su inteligencia aprovechase á su país, y no se ha necesitado más para que se le considere como un gran criminal.

Arturo miró al hombre de quien se hablaba, pero éste, sin contestar, se limitó á encogerse de hombros.

—Este Doyce—contestó Meagles,—es ingeniero mecánico, no realiza muchos negocios, pero su habilidad es bien conocida. Hace dos años perfeccionó un invento suyo muy curioso, de gran importancia para su país y para sus semejantes, y esto le ha costado, como usted comprenderá, no sólo mucho tiempo, sino cuantiosas sumas. Pues bien, Doyce se dirige al gobierno, y desde este instante se le considera como un malhechor; deja de ser hombre honrado, y trátanle lo mismo que si fuese un criminal; evítase su presencia, se le rechaza y se le pone en ridículo; su tiempo y su fortuna parecen no pertenecerle ya, y se le declara fuera de la ley.

Gracias á la experiencia que acababa de adquirir, Clennam no manifestó extrañeza.

—¡Hombre! en vez de dar vueltas á sus anteojos—dijo Meagles,—más vale que refiera usted el caso á mi amigo Clennam.

—Es inútil—epuso Doyce;—sólo me limitaré á decir que se me ha tratado casi como á una especie de malvado. Cuando debí perder el tiempo en las oficinas de ese ministerio, se me recibió siempre como un criminal; y más de una vez, para no desanimarme del todo, hube de reflexionar que realmente no había hecho nada de que pudiera avergonzarme. Los jefes del ministerio de Circunlocuciones no hicieron más que redactar minuta sobre minuta, después de haberse sometido mi invento al examen de sus señorías los Barnacle; y al fin de muchas idas y venidas, y de perder lastimosamente un gran capital de tiempo, el jefe del ministerio me dice que, atendidas las circunstancias y los informes, debía renunciar á mi objeto, ó comenzar de nuevo las diligencias en otro sentido.

—Y yo—dijo Meagles,—en mi calidad de hombre práctico, y para burlarme de ese ministerio, he cogido á Doyce por el cuello, en sitio donde me pudiera ver hasta el portero, diciéndole que era un infame bribón, conspirador contra el reposo de sus señorías. Así dirán que aprecio en lo que vale la sabiduría oficial, y la manera de proceder con los tunos. Ya sabe usted ahora la historia de Doyce; bien ve que hay motivo para poner el grito en el cielo; y sin embargo, este hombre no se queja nunca.

—Tiene usted mucha paciencia—dijo Clennam, contemplando al inventor con cierto asombro, y no menos magnanimidad.

—No—replicó el mecánico,—creo no tener más que cualquiera otro.

—¡Pardiez!—exclamó Meagles,—siempre tendrá usted más que yo.

—Advierta usted—dijo Doyce á Clennam, sin poder reprimir una sonrisa,—que no soy yo el primero á quien sucede esto; lo mismo se ha hecho con otras personas, sólo que yo me creo más perjudicado que los demás.

—No creo que esta reflexión me consolase mucho—repuso Clennam,—pero me alegro de que usted sepa tomarlo con tanta calma.

—Si no sé quejarme, señor Clennam—dijo el mecánico, guardándose los anteojos,—por lo menos sé agradecer las buenas intenciones, y no olvidaré nunca lo que nuestro amigo común, el señor Meagles, ha hecho repetidas veces para estimularme.

—¡Bah, bah! no hablemos de eso—exclamó Meagles.—¿A dónde va usted, Daniel?

—Yo vuelvo á la fábrica.

—Pues bien, allá iremos todos; creo que el señor Clennam no rehusará venir con nosotros hasta el patio del Corazón Sangriento.

—¡Cómo!—exclamó Clennam,—precisamente allí iba yo.

—Tanto mejor—repuso Meagles;—vamos, pues.



## CAPITULO XI

### El criminal libre

La obscuridad de una noche de otoño comenzaba á extenderse sobre la líquida superficie del Saona, en la cual reflejábanse pesadamente las nubes como en un espejo manchado. La llanura que rodea la ciudad de Châlons extendíase como inmensa sábana, recortada en ciertos sitios por una línea de álamos que se destacaban bajo un cielo sombrío.

Un hombre que avanzaba lentamente hacia Châlons era el único sér animado visible en aquel paisaje; el mismo Caín no se había visto seguramente más aislado después de su crimen. Llevaba á la espalda un morral de piel de carnero, y en la mano un nudoso garrote; sus zapatos llenos de barro, sus polainas desgarradas, su enmarañado cabello y su ropa cubierta de polvo parecían indicar que había recorrido una gran distancia. Avanzaba muy despacio, cojeando, y cada paso parecía costarle un dolor. Hubiérase dicho que las nubes huían ante aquel hombre, que el viento silbaba, que la hierba se estremecía, que el misterioso murmullo del agua le acusaba en voz baja; y que su presencia, en fin, producía una perturbación en la tempestuosa noche de otoño.

El viajero dirigía de vez en cuando una mirada á derecha é izquierda, tímida y sombría á la vez, deteniéndose á inter-